Rousseau o san Agustín de Hipona. En las citas se percibe además un conocimiento real, de lecturas sosegadas de estos autores; un conocimiento cabal y no el simple «uso» de alguna frase de repertorio.

En definitiva, estamos ante un escrito que desvela al autor. Y esto impresiona y es muy de agradecer. Cuando un autor que habitualmente habla de temas de sociedad, de las cosas que pasan, de la vida política y la cultura, comienza a hablar de sí mismo, de lo que le pasa a él, de las cosas del Espíritu y de su espíritu, siempre nos sorprende. Y cuando ese interior es feraz y enriquece a quienes nos imbuimos en la lectura, la respuesta no puede ser más que la admiración y el agradecimiento.

La publicación termina con un brevísimο «Epílogo» que dice así: «Según el evangelista Lucas, la última palabra que pronunció Cristo antes de morir fue “espíritu”. “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46)» (p. 177). Es otra peculiaridad de este libro: está escrito por un hombre de fe y desde la fe. Pero no con la pretensión del apologeta, sino más bien con la sencillez del niño, que abre y ofrece con llaneza su experiencia de «las cosas del Espíritu». Y esto resulta imprescindible para hacer frente al marasmo de cuantos han hecho de la palabra mendaz, del discurso volátil y de la apariencia embaucadora el emblema de una época.

Fernando CHICA ARELLANO

Ángel RODRÍGUEZ LUÑO, *Introducción a la ética política*, Madrid: Rialp (Colección «Pensamiento actual», 37), 2021, 168 pp., 14,5 x 21,5, ISBN 978-84-321-5424-9.

El Prof. Rodríguez Luño, que durante tantos años ha ejercido la docencia en la Pontificia Università della Santa Croce, en la que actualmente es profesor emérito, nos ofrece este libro, breve y de carácter introductorio, que tiene la fuerza de recoger una síntesis de su reflexión sobre la ética política a lo largo de numerosos años.

Más que descender a problemas concretos de ética política, al autor le ha parecido más útil abordar cómo se pueden enfocar bien esas cuestiones «para darles una solución equilibrada con la contribución de todos» (p. 9). El libro ayuda a clarificar conceptos, pues todos hablamos de libertad, democracia, justicia social, buen gobierno, etc., pero no siempre se entienden adecuadamente. Entre líneas, se nota la preocupación por la deriva de la política actual, enzarzada tantas veces en peleas en las que la razón, que se depura gracias al diálogo entre unos y otros, se ha visto sustituida por la bronca, la cerrazón de las posiciones

ideológicas inamovibles o el rodillo que no quiere atender a otras razones. El resultado es que el gobierno de turno aplica a los ciudadanos todo tipo de políticas con el deseo –es de suponer– de lograr un fin loable, pero sin prestar apenas atención al alcance de los efectos de esas políticas a largo plazo. Ante esa situación, el autor busca «encuadrar la contienda política en un horizonte más elevado, inspirado en el respeto por la libertad y en la promoción de la responsabilidad por el bienestar general» (p. 10).

El libro tiene seis capítulos y se abre con una interesante introducción dedicada a la distinción entre la ética personal y la ética política, señalando sus relaciones y diferencias. El concepto clave aquí es el bien común político, que es el objeto de la ética política y se distingue de la perspectiva de la ética personal, aunque guardan relación.

Los capítulos dos a cuatro constituyen el núcleo del libro. En el segundo, el autor

aborda los presupuestos antropológicos del bien común político, que es un aspecto del bien común integral. La libertad y la solidaridad, en cuanto principios orientadores de la ética política, reciben una atención especial. Aunque el libro se enfoca desde la perspectiva de la ética filosófica, el prof. Rodríguez Luño contempla oportunamente el punto de vista cristiano, que enriquece y da profundidad a la perspectiva filosófica. Ya en el tercer capítulo, se desgranar los contenidos del bien común político (la paz y la seguridad, la libertad y el principio constitucionalista, y la justicia); y en el cuarto, se afronta la cuestión de la justicia social, que tanto necesita de clarificación. Al final de este capítulo, el autor muestra la congruencia de su visión de la justicia social y de los contenidos abordados en los capítulos anteriores con cuanto el magisterio ha señalado en la llamada Doctrina Social de la Iglesia. Naturalmente, la extensión del libro y la de la propia Doctrina Social no permiten dar un tratamiento en profundidad a esta cuestión.

Los últimos dos capítulos también son muy interesantes. En el quinto, el prof. Rodríguez Luño se ocupa de algunas cuestiones fundamentales de economía política y en el último, hace algunas valiosas reflexiones sobre el buen gobierno en la línea de la justicia y la prudencia, la comunicación sincera y accesible, la libertad y el pluralismo o el papel de la religión. Es una convicción del autor que, en realidad, en el actual debate político todas las partes están de acuerdo con los fines a conseguir; pero el problema está en la divergencia sobre los medios adecuados para conseguirlos.

Pocos temas como la política económica muestran mejor este problema. En el quinto capítulo el autor analiza brevemente el socialismo real o economía planificada centralizada y, con más extensión, la economía de mercado. En este tema los conceptos se han cargado de significados que dificultan el diálogo (por ejemplo, qué entender por capitalismo). El prof. Rodríguez Luño señala

acertadamente que, en la actualidad, ninguno de los sistemas que se dicen capitalistas o de economía de mercado, lo son en sentido estricto: todos tienen un sistema mixto de mercado y fuerte intervencionismo estatal.

El autor dedica más extensión al análisis de las virtualidades y límites del mercado, del modelo intervencionista auspiciado desde Keynes y a sus efectos en términos de política monetaria (sobre todo la expansión crediticia y monetaria no respaldada por el ahorro real). Cuestiona que este modelo haya creado, a la larga, desarrollo económico y bienestar para todos. Conuerdo con el autor, y me permito añadir que no está demostrado que vivamos en un mundo de sólida riqueza, sino en uno sostenido por pilares hechos de deuda que ni el mundo entero podría pagar, y de una parte no despreciable de valor económico ficticio.

El prof. Rodríguez Luño termina expresando una convicción personal: «el bien de todos requiere que nos acerquemos lo más posible a la economía de libre mercado» (p. 142) y llama la atención sobre la deficiencia de muchas facultades de economía y escuelas de negocios que dejan de lado teorías económicas alternativas que enriquecerían enormemente la reflexión sobre los medios más adecuados para conseguir los fines propuestos (cita la Economía social de mercado o la Escuela austriaca de economía). Se entiende así que concluya «que la responsabilidad social de los estudiosos de economía impone el conocimiento y estudio recíproco, el diálogo abierto y sincero entre todos, la disponibilidad para escuchar y poner en tela de juicio las posiciones económicas recibidas» (p. 144).

Nos encontramos ante un libro sugerente, que además es ágil y de fácil lectura. Vale la pena prestar atención a esta valiosa reflexión del prof. Rodríguez Luño, fruto también de la experiencia y la perspectiva que dan el estudio y el tiempo.

Gregorio GUTIÁN